

Retiro Adviento 2020

«Consolad, consolad a mi pueblo» Is 40,1

Sábado por la mañana¹

1. En el desierto

En el desierto. En este espacio vamos a situarnos en esta mañana. El desierto tiene su belleza y algunas agencias de viajes nos lo venden como lugar de turismo atrayente. Pero la realidad es otra para quien vive en él. Algunos hermanos migrantes contando su viaje hacia Europa lo narran con temblor, es el lugar donde sintieron la muerte tan posible, tan cerca, tan real. El desierto es este espacio árido, seco, sin agua, de tremendo calor que deja sin fuerzas, agota. Imagen perfecta para evocar la desolación.

El desierto, es la potente metáfora con que se narra la situación en la que se encuentra el pueblo de Israel al que se dirige Isaías en el texto en el que nos adentramos ahora.

El pueblo de Israel está en el exilio desde hace cuarenta años. No solamente considera haber perdido lo que eran pilares de su identidad (rey, templo, tierra), sino que además, se siente abandonado por su Dios. En estos cuarenta años, se han instalado en esta tierra extranjera donde fueron deportados, han conocido a otros dioses y han llegado a creer que el Señor era menos potente que aquellos dioses. Consideran que ya no necesitan a Dios, reprochándole su modo de proceder, sintiéndose ofendidos y más que todo, desconfiando de Él.

Esta situación de desolación, de “desierto” tal vez nos resuena y refleja nuestro momento actual. Son muchas las personas que viven en un desierto desde hace años por la situación de su país, de su familia, por su propia situación vital. Y nosotros, podemos situarnos también ahí, tal como llegamos hoy, a finales de noviembre, con nuestra experiencia vital de este año marcado por la pandemia...

¿Qué pilares de mi identidad se han removido en este año, cosas que creía establecidas, seguras y que descubrí frágiles o inexistentes?

¿En qué me he sentido desconcertada, con cambios fuertes que me descolocan?

¿Qué situación me ha aportado sufrimiento? ¿Cuándo he sentido que Dios no estaba, nos abandonaba, y no entendía sus modos de estar y proceder en nuestra historia?

¿He experimentado soledad, cansancio, desesperación...? ¿He desconfiado cuando el miedo se hacía fuerte, cuando me dolía dentro lo que estábamos viviendo?

¿Qué me cuesta de la incertidumbre? ¿Cómo me invaden a veces las dudas de si algún día terminará todo esto? ...

¹ Material elaborado por Valérie Squire, ccv, para el Retiro de Adviento 2020 del Centro Vedruna.

En el desierto, silencio y escucha se entrelazan, podemos decir que se escucha un profundo silencio. Lo escuchamos, atendiendo cada una lo que llevamos dentro en este tiempo difícil en el que todavía estamos inmersas y que hace, entre otras cosas, que no podamos reunirnos presencialmente.

2. Irrumpe Su Voz que habla a nuestro corazón

En medio del desierto, del silencio, irrumpe la Palabra de Dios.

¹ «Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios,

² Hablad al corazón de Jerusalén

gritadle que se ha cumplido su milicia,

que ha sido pagada su culpa

que ha recibido de mano del Señor el doble por todos sus pecados.

Así se rompe el silencio del “desierto”, de esta situación de desolación, de no comunicación, no relación. “Consolad, consolad a mi pueblo”, nos dice nuestro Dios; hoy, irrumpe con fuerza su voz en medio de nosotros, con una serie de verbos relacionados con la relación: “consolad, dice, hablad, gritad”. ¡Es tiempo de acoger su consuelo, de restablecer la relación con el Señor! De nuevo Dios tiene la iniciativa y sale a nuestro encuentro. El profeta empieza con términos claves: «vuestro Dios», «mi pueblo». Nos recuerda así la fórmula de alianza, la promesa que Dios hizo con su pueblo desde los orígenes y se nos transmite de generación en generación: que Él es nuestro Dios y que somos su pueblo. Dios viene a hacer nueva la alianza. Lo escucharemos en Nochebuena: *«ya no te llamarán “abandonada”, ni a tu tierra “desolada”, sino que te llamarán “mi preferida”, y a tu tierra “desposada”, porque el Señor te prefiere a ti, y tu tierra tendrá un esposo»* (Is 62,4).

El consuelo, implica rehacer un vínculo, que la relación vuelva a nacer de nuevo. No existe autoconsuelo en la Biblia, ni la posibilidad del consuelo material. El consuelo viene siempre de otro, de Dios el gran consolador, o de sus mediaciones. Eso requiere de nuestra parte una apertura radical a la alteridad, a la palabra del otro². En nuestro texto, Dios, elige hablar a nuestro corazón. Para un israelita, el corazón es la sede de la interioridad, del pensamiento, de la memoria y donde se toman las opciones decisivas... también donde se grabó la Ley, la Palabra, desde el origen. Al corazón dirige su Palabra, para tocarnos en el centro de nuestro ser, donde está la raíz de nuestra relación con Él, ahí habla y alienta.

¿Cómo siento mi corazón en esta mañana?

¿Cómo de dispuesto está para dejar a Dios venir a descolocarnos, removernos, y alentarnos a su manera con su Palabra?

² Marta García Fernández, *Yo estoy haciendo algo nuevo* (Estella: Verbo Divino, 2011), 36-37.

Un poema para el camino...

FE

*La casa está dispuesta. Ven si quieres.
Aunque en la espera haya tanta inquietud, tanto desasosiego,
qué dulce es esperarte.*

*Acaso en el anhelo de aguardar
se cumpla el don más alto del encuentro.*

*Aquí me tienes, con el alma en vilo,
por si mi fe te inclina a visitarme.*

Eloy Sánchez Rosillo

Dios nos sabe en un tiempo complejo, sabe lo que vivimos estos meses además de lo que ya cargábamos. «*Se ha cumplido, ha sido pagada, ha recibido el doble*»... Isaías se hace eco de cómo Dios considera, acoge e integra, lo que llevamos dentro, no rebaja de ninguna manera lo que vivimos y sufrimos. Y es más, acogiendo, también pone fin, nos ofrece una respuesta a nuestra pregunta de “¿hasta cuándo?”; emplea verbos en pasado: ya se ha cumplido la milicia, el tiempo duro de sufrimiento. Y nos dice que ha recibido todo en su mano. Esto no significa que el exilio, la pandemia, han terminado, sino que Dios pone fin al sufrimiento y ya te promete vivirlo con Él desde ahora, de otro modo. Desde la certeza de su presencia, la confianza en la relación con Él. Sólo así podremos dar el paso siguiente al que nos invita el Papa Francisco:

«El dolor, la incertidumbre, el temor y la consciencia de los propios límites que despertó la pandemia hacen resonar en nosotros la llamada a repensar nuestros estilos de vida, nuestras relaciones, la organización de nuestras sociedades y sobre todo el sentido de nuestra existencia.» (FT 33)

Deja resonar en ti esto: “todo lo que vives, está en su mano”... siente cómo está tu cuerpo al sentirte acogida y comprendida así por Dios y al escuchar que con su amor, su presencia, ya pone fin a lo que te hace sufrir.

3. En el desierto, preparad el camino del Dios desconcertante

Una voz está gritando, la palabra no cesa su dinamismo en este texto. Le seguimos.

³ Una voz grita:

En el desierto preparad el camino del Señor,
allanad en la estepa una calzada a nuestro Dios.

⁴ Que todo valle sea elevado,
todo monte y colina sea abajado
lo torcido sea enderezado
lo escabroso sea planicie.

⁵ Pues se ha revelado la gloria del Señor
de modo que toda carne la verá.
Pues la boca del Señor ha hablado.

“En el desierto, preparad” (Is 40,3). Probablemente nos resuena el texto de Mc 1,3 y el grito de Juan el Bautista, este testigo del Evangelio que hace de puente entre el Antiguo y el Nuevo Testamento y que escucharemos en el segundo domingo de Adviento. Es significativo que en cada texto, el énfasis se ponga en algo diferente: Isaías empieza por el desierto, Juan Bautista por el imperativo. La situación no es la misma, Isaías sabe que todavía estamos en el desierto, en la estepa, sabe que seguimos en esta misma realidad, nuestra pandemia no ha terminado, e incide en que justo desde ahí somos llamadas a prepararnos.

El verbo hebreo traducido por “preparad” (הִפְרִי) tiene el matiz de “orientarse, volver”. Prepararnos, es orientarnos, volver el rostro hacia Dios, este rostro donde están los canales de la comunicación: oído, ojos, boca. Sólo así podremos acoger el modo de Dios de venir y salvar. Su modo que tanto nos desconcierta: Él que se encarna, se hace uno de todos, nace pobre, en los márgenes, como creatura vulnerable, a la intemperie. Volver el rostro a Él es disponernos a mirarle en nuestra realidad, a escuchar su voz en las calles, a prestar atención al espacio de diálogo cotidiano con Él donde nos espera, etc. Por eso las lecturas desde el principio del Adviento nos invitan a vigilar, estar atentas al modo de Dios de llegar, Él de quien escuchábamos en la oración de la mañana que tantas veces sólo percibimos el contorno, un murmullo (cf. Job 26,14).

El profeta sabe que no es fácil esta preparación, que es costoso acoger los modos de Dios. Y nos da cuatro claves para ayudarnos a preparar este camino en cada una de nosotras. ¿De qué se trata? Lo hundido, elevarlo; las alturas, abajarlas; lo torcido, enderezarlo; lo escabroso, hacerlo plano... Estos son reajustes necesarios en todo momento de la vida para que Dios pueda pasar pasando por nuestra vida, en nosotras, para fluir y ser cauce. Así, solamente con este compromiso personal de preparación, podrá revelarse su gloria, podrá encarnarse Dios en “toda carne”, y hacer que brote la V/vida, que se vea.

A lo largo de estas semanas de Adviento, puedo pararme en cada una de estas pautas, preparar el camino, suplicar a Dios poder allanar, resituarse lo que en mí necesita ponerse en su justo lugar:

¿Qué infravaloro de mí y necesito valorar de forma más positiva y real?

¿De qué necesito bajar para asemejarme más al modo de Dios?

¿Qué tengo dentro torcido que coge toda mi energía cuando quiero avanzar, no me deja caminar con serenidad?

¿En qué piedras sigo cayendo siempre o pongo siempre entre Dios y yo?

...

Suplicamos que este tiempo de preparación pueda permitirnos acoger a este Dios que está viniendo en medio de nuestra pandemia, que nos llama a descubrirlo en sus modos de estar y alentar nuestra esperanza.

4. La Palabra de Dios permanece

Seguimos escuchando la voz que habla y grita imparable, alentando a caminar en esperanza.

⁶ Una voz dice: ¡Grita!

Y digo: ¿Qué he de gritar?

"Toda carne es hierba y toda su fidelidad como flor del campo.

⁷ Se seca la hierba, la flor se marchita,
cuando el viento del Señor sopla sobre ello,
sí, la hierba es el pueblo.

⁸ Se seca la hierba, la flor se marchita,
pero la palabra de nuestro Dios permanece por siempre.

El profeta nos regala imágenes muy plásticas. Al paso del viento de Yahveh, de la Ruah, la hierba se seca, la flor se marchita... expresiones de nuestra fragilidad ante la fuerza de la vida misma, de sus acontecimientos que nos remueven y descolocan. Dios conoce nuestras infidelidades, nuestras debilidades y nuestra necesidad de enraizarnos... no obstante, conoce también a su Siervo quien sí se mantiene fiel, y por él, conoce nuestra capacidad de ahondar las raíces, de afianzarnos en Su Amor. Por eso sopla, por eso empuja la vida, para que crezcamos en profundidad y madurez en la relación con Él. Cree en nosotras, es el primero en esperar en nosotras, esa esperanza que el Papa Francisco describe como:

«una realidad que está enraizada en lo profundo del ser humano, independientemente de las circunstancias concretas y los condicionamientos históricos en que vive. Nos habla de una sed, de una aspiración, de un anhelo de plenitud, de vida lograda, de un querer tocar lo grande, lo que llena el corazón y eleva el espíritu hacia cosas grandes, como la verdad, la bondad y la belleza, la justicia y el amor. [...] La esperanza es audaz, sabe mirar más allá de la comodidad personal, de las pequeñas seguridades y compensaciones que estrechan el horizonte, para abrirse a grandes ideales que hacen la vida más bella y digna» (FT 55).

Esta raíz de la esperanza que llevamos en lo más profundo, Dios confía en ella y nos regala dónde afianzarla. Es probablemente la frase más bella y potente de este texto: «*la Palabra de nuestro Dios permanece eternamente*» (Is 40,8). En contraste con lo que se marchita, no dura, aparece la Palabra de Dios. Ella permanece (דִּקְוָה), el verbo hebreo significa que está en pie, levantada, no rígida o fija, sino al contrario, es un verbo dinámico que refleja cómo la Palabra está levantada, como el Amor de Dios, siempre vivo. Eternamente, como ayer, así es hoy y será mañana, siempre estable, presente. Por ella podemos caminar hacia el futuro con esperanza, andar en la incertidumbre con confianza.

Dejamos resonar esta promesa: «se seca la hierba, la flor se marchita, pero la Palabra de nuestro Dios permanece eternamente» (Is 40,8).

Podemos preguntarnos por nuestra relación con la Palabra de Dios... recordar nuestro encuentro con ella, nuestra relación con ella a lo largo de estos meses... descansar en esta certeza de su presencia estable en nuestra vida...

...y dejar brotar la esperanza que nos da sentir que su Palabra viene a encarnarse, a nacer en nosotras.

Canto: PALABRA

(Ain Karem, cd A todos los pueblos)

Eres Palabra de Vida,
en Ti, la promesa ya anunciada
toma carne, y es cumplida.
Eres silencio elocuente que
sabe proclamar a gritos cuál es el
querer del Padre.

En tu Palabra, Jesús,
encontramos la respuesta a tanta
pregunta abierta,
de tanta esperanza cierta.

Haznos contigo P-palabra,
gestada en silencio, tierna,
que se ofrece oportuna
a nuestra hermana que espera,
que se ofrece oportuna
a nuestro hermano que espera.

5. Mira, está vuestro Dios, viene.

El dinamismo que genera la Palabra de Dios, de este Dios que nos trae consuelo, no para y nos pone en movimiento. La escuchamos.

⁹ Sobre un monte alto súbete, alegre mensajera Sión;
sube con fuerza tu voz, alegre mensajera Jerusalén,
sube, no temas, di a las ciudades de Judá:

Mira, está vuestro Dios.

¹⁰ Mira, está el Señor
viene con poder, y su brazo domina todo,
Mira, su salario le acompaña, y su retribución le precede.

¹¹ Como un pastor pastorea su rebaño
con su brazo reúne a los corderitos,
en su seno los lleva,
y a los que se están criando conduce».

Nos invita a subir a un monte alto, a coger altura y distancia con la realidad en la que estamos tan metidas, para ensanchar la mirada y descubrir al que el profeta ya adivina con su mirada creyente. Nos ofrece dos imágenes del Dios que viene.

La primera, es el Dios que viene con potencia, que domina, y trae salario, retribución. Términos complejos para nuestros oídos de hoy. A oídos de un hebreo, encontramos aquí una imagen del Dios que trae la salvación, con lo que supone de restitución: a algunos, sanciones para ayudar a reajustar el camino; a otros, restauración del sufrimiento vivido. Una imagen de Dios que no pasa por alto lo vivido, a quien le importan nuestros procesos, nuestras vidas y la justicia. De este modo también nos va fortaleciendo para poder hacernos cargo de lo que ha ido poniendo en nuestras manos desde el principio de su Creación, nos empodera.

La segunda imagen, es la del Pastor, este modo de reinar de Dios que ya celebramos el domingo pasado (Ez 34, 11-17). Reflejo de su amor misericordioso para nosotras, especialmente para los corderillos, los más vulnerables. Un pastor que con el mismo brazo con el que dominaba, ahora reúne. Los verbos que nos hablan del modo de Dios de cuidar a su pueblo, con firmeza y ternura. Es significativa su insistencia en reunir. Se dirige entonces a un pueblo disperso por el desierto. Se dirige hoy a una humanidad a la que el Papa Francisco dirige una Encíclica que alienta a recuperar la fraternidad universal, en un mundo que describe «plagado de torreones de vigilancia y de murallas protectoras» (FT 4), donde «la sociedad cada vez más globalizada nos hace más cercanos, pero no más hermanos» (FT 12), donde «los sentimientos de pertenencia a una misma humanidad se debilitan, y el sueño de construir juntos la justicia y la paz parece una utopía de otras épocas» pues impera «una indiferencia cómoda, fría y globalizada» (FT 30)... un mundo en el que, en suma,

«necesitamos constituirnos en un “nosotros” que habita la casa común» (FT 17). Son otros términos para expresar lo que Dios pastor viene a hacer: reunirnos, volver a hacernos pueblo, tal como lo hace cuando nos reúne a todos ante su hijo que nace en Belén. Dios no desea otra cosa que rehacer esta fraternidad universal, este pueblo suyo donde realmente nos vivamos como hijos y hermanos de un mismo Padre. Mañana, primer domingo del Adviento, podrá resonarnos de forma especial esta insistencia del profeta en decirnos: «*Tú eres nuestro Padre (...) Tú, Yahveh, eres nuestro Padre, tu nombre es "El que nos rescata" desde siempre*» (Is 63,16).

Nos paramos a contemplar al Dios que viene a reunirnos tras este tiempo de confinamiento, de separación, en este mundo hiperconectado donde hay tanta fragmentación...

Y contemplamos a este niño, “fuerte fragilidad”, fuerza y ternura, que nos trae consuelo, promesa y esperanza de una relación nueva con Él como pueblo.

6. Alegre mensajera

Del dinamismo que genera la Palabra de Dios en el texto de Isaías nos detenemos en un último elemento. Dios no nos pone en movimiento con sus imperativos solamente para ensanchar la mirada, sino también porque cuenta con nosotras: “Sube al monte alto, sube con fuerza tu voz, sube no temas, di”. Isaías se dirige a Sión, a Jerusalén, a quienes se sentían desconsoladas, y les anima a volver a ser capital, a ser habitada por Dios de nuevo, para ser lo que es en sí, lo que es su vocación: alegre mensajera. El término hebreo en femenino evoca a quien trae una buena noticia. Dios le reitera la fórmula que asegura su presencia y protección: “No temas”. Aunque todavía no ha llegado el consuelo pleno, aunque todavía vivimos en el tiempo de la espera: “No temas”, porque ya está su Palabra, la relación con Él renovada, y eso ya es real.

Desde ahí: “sube con fuerza tu voz”, “di”. Como estas ciudades, como lugares, vidas habitadas, nos envía a ser “alegres mensajeras” en este tiempo de desierto. Desde esta esperanza y este consuelo recibido, nos envía. Y no de cualquier manera: desde la alegría. Esta actitud y sentimiento que es don de Dios para quien confía en Él, quien se fía de su Palabra y promesa. Por eso la alegría puede surgir aún en medio del desierto, de la pandemia. La alegría es esa energía vital que llevamos dentro y a veces no dejamos brotar, pero que nos habla de ilusión, de ganas, es expresión de la fuerza que tiene la Vida, Dios, para abrirse camino en nuestras existencias cotidianas.

Podemos ahora volver al principio de nuestro texto, al imperativo que nos acompaña: ¡CONSOLAD! ¿Quién está enviado a consolar? El imperativo se dirige a cada una de nosotras, quienes hemos escuchado su Palabra, escuchado cómo nos consuela, acogiendo nuestro dolor, comprendiendo nuestra situación, invitándonos a prepararnos, a abrir el corazón para dejarle pasar, actuar en nosotras, afianzar de nuevo nuestras raíces en Él, escuchar su

Palabra viva desde dentro y descansar en Él, para dejarnos alentar de nuevo y poder esperar al que viene, al que nos trae consuelo, esperanza, certezas, justicia, Él que nos reúne y conduce. En resumen, el imperativo se dirige a quienes nos hemos dejado consolar.

El profeta, no guarda para él el consuelo recibido. Lo escucharemos de Isaías en Nochebuena: «A causa de Sión no he de callar y a causa de Jerusalén no descansaré hasta que reluzca su justicia como un resplandor y arda su salvación como una antorcha» (Is 62,1). Nos invita como él a ir a gritar, decir con alegría la buena noticia que trae nuestro Dios, a quienes nos rodean, quienes siguen en el desierto y esperan también este consuelo que trae Jesús de Nazaret. Nos lanza a anunciar, esa forma de entregarnos a los demás, salir, romper el aislamiento, el confinamiento y vivirlo de manera creativa. Salir a hablar al corazón de otras/os es apostar por este amor que crea vínculos y amplía la existencia (cf. FT 87-88).

Anunciar este consuelo a otras, es ya hacer presente a Jesús, el «mensajero que anuncia la paz, que trae la buena noticia y proclama la salvación, que dice a Sión: ya reina tu Dios»... Con pleno sentido el día de Navidad, podremos así unirnos a la alegría plena de todos los cristianos del mundo escuchando estas palabras de Isaías: «¡Romped a cantar a coro, ruinas de Jerusalén, que el Señor consuela a su pueblo, rescata a Jerusalén!» (cf. Is 52,7-10).

¿Qué se mueve en mí al escucharme nombrada por Dios como alegre mensajera, al sentir que cuenta conmigo para consolar a otras personas?

Canto: POR AMOR A TU PUEBLO

(Ain Kareem, cd Fuego y abrazo)

Como novios que se alegran
y hacen fiesta por su amor,
como el alma se desborda
de gozo ante su Dios,
así hará el Señor cantar su Alegría
cuando todos la entonemos.

POR AMOR A TU PUEBLO NO CALLARÉ,
POR AMOR A TU PUEBLO NO DESCANSARÉ
HASTA QUE ROMPA LA AURORA DE TU JUSTICIA
Y TU SALVACIÓN LLAMEE COMO UNA ANTORCHA.

Como el suelo echa sus brotes
cuando la lluvia lo anima,
como las semillas rompen
cuando el sol las acaricia,
así hará el Señor brotar su Justicia
cuando todos la empujemos.

Texto Isaías 40, 1-11

¹ «Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios,

² Hablad al corazón de Jerusalén

gritadle que se ha cumplido su milicia,

que ha sido pagada su culpa

que ha recibido de mano del Señor el doble por todos sus pecados.

³ Una voz grita:

En el desierto preparad el camino del Señor,

allanad en la estepa una calzada a nuestro Dios.

⁴ Que todo valle sea elevado,

todo monte y colina sea abajado

lo torcido sea enderezado

lo escabroso sea planicie.

⁵ Pues se ha revelado la gloria del Señor

de modo que toda carne la verá.

Pues la boca del Señor ha hablado.

⁶ Una voz dice: ¡Grita!

Y digo: ¿Qué he de gritar?

"Toda carne es hierba y toda su fidelidad como flor del campo.

⁷ Se seca la hierba, la flor se marchita,

cuando el viento del Señor sopla sobre ello,

sí, la hierba es el pueblo

⁸ Se seca la hierba, la flor se marchita,

pero la palabra de nuestro Dios permanece por siempre.

⁹ Sobre un monte alto súbete, alegre mensajera Sión;

sube con fuerza tu voz, alegre mensajera Jerusalén,

sube, no temas, di a las ciudades de Judá:

Mira, está vuestro Dios.

¹⁰ Mira, está el Señor

viene con poder, y su brazo domina todo,

Mira, su salario le acompaña, y su retribución le precede.

¹¹ Como un pastor pastorea su rebaño

con su brazo reúne a los corderitos,

en su seno los lleva,

y a los que se están criando conduce».

PAUTAS PARA LA ORACIÓN PERSONAL

Te ofrecemos tres caminos de oración, elige uno para el tiempo de oración personal. En otros momentos durante el Adviento, puedes seguir ahondando en esta propuesta.

1. Volver a la Palabra desde el texto presentado.

- ✓ Vuelve a leer el texto de Is 40,1-11
- ✓ Deja que resuene en ti aquello que queda después de lo leído y escuchado.
- ✓ Vuelve al texto y subraya aquellas ideas que más te llegan.
- ✓ Acoge las preguntas que se te hacen a lo largo del texto y deja que te venga alguna respuesta.
- ✓ Párate en aquello que más te toca hoy.

2. Dejarse consolar

- ✓ Tras los meses vividos y todavía en este tiempo de desierto, puede ser bueno pararse para acoger tu propia vivencia personal.
- ✓ Date tiempo para mirar lo que vives, esta situación de desierto que nombrábamos en el primer punto del texto ofrecido. Vuelve a estas preguntas.
Date tiempo para escribir, plasmar, pintar, lo que compone este desierto: estos elementos que te cuestan, duelen y descolocan.
Preséntate así al Señor, y mira cómo Él mira todo esto que pones en su mano.
- ✓ «*La Palabra del Señor permanece para siempre*» (Is 40,8)
Escucha la Palabra que Él te dirige en esta mañana... acógela, recíbela en ti.
Puedes ponerte en pie, sentir tus pies en el suelo y seguir repitiendo esta Palabra.
Mira cómo se torna suelo bajo tus pies.
Date tiempo para sentir esa presencia firme y delicada.
- ✓ Puedes terminar este rato de oración dando gracias al Señor por su presencia, por la relación con Él.

3. Texto bíblico – Rezar con el texto de Isaías 40,1-11.

- ✓ Escúchalo como si Dios te lo pronunciara a ti hoy.
- ✓ Deja que alguna palabra o expresión se haga mantra en ti.
- ✓ Si te ayuda, escríbela.

⇒ **Al final de tu tiempo de oración, para compartir con el grupo, puedes mandar una imagen, un símbolo, una foto de una expresión artística que recoja lo que haya sido tu oración.**

ENVÍALO POR WHATSAPP A LAS 13.30H AL 617 99 22 19 (VALÉRIE)